

EDUARDO RABASA

El destino es un conejo  
que te da órdenes

## ÍNDICE

- La orden milenaria, 11  
    La turba, 29  
Liturgias del cuerpo, 49  
    Estirpe miserable, 69  
El destino es un conejo que te da órdenes, 91  
    El mojón freudiano, 125  
    Ludopatía divina, 143  
    Cisne rosa, 161

*Para Luis Felipe Fabre*

DONNIE: Why are you wearing that stupid bunny suit?

FRANK: Why are you wearing that stupid man suit?

*Donnie Darko*

# LA ORDEN MILENARIA

**L**A HISTORIA DE LA ciencia se encuentra repleta de felices descubrimientos accidentales. Mientras se buscaba otra cosa, a menudo irrelevante, la torpeza y el azar produjeron un avance asombroso. Miles de vidas se vieron beneficiadas. El errático científico pasó a los anales como un héroe. Monumentos. Avenidas. Aulas magnas. Me pregunto si en mi caso ocurrirá precisamente lo contrario.

Sea como sea, ambos tendremos que vivir con nuestra conciencia de lo sucedido. Quizá las consecuencias tampoco sean tan desastrosas. Aún es demasiado pronto para saberlo. Puede que el destino nos reserve una última jugada y un día tan solo nos desplomaremos simultáneamente, como moscas sincronizadas para dejar de existir al unísono.

Desde muy pequeño el poder me resultaba hipnótico. Jugaba con mi hermana menor a la dictadura militar, utilizando como insignia para condecorarla por su obediencia los pines con retratos de superhéroes que mi padre coleccionaba. Dadas las inclinaciones ñoñas de mi progenitor, se horrorizó cuando le comuniqué que pretendía estudiar Derecho. Me leyó la hoja de vida de varios supervillanos que a la postre utilizarían sus conocimientos en la materia para su proyecto de dominación del mundo. Intenté persuadirlo entonces para que me permitiera ser politólogo. Argumenté que deseaba comprender los caminos que conducían a los hombres a ejercer el don de mando para el bien o para el mal. Resultó inútil. Entre las opciones que a su juicio me convertirían en

un paladín de los necesitados, Medicina fue la que más se aproximó a mis inclinaciones.

Gradualmente me convencí de lo venturoso del asunto. ¿Qué mayor poder sobre los otros que incidir sobre su vida y muerte? Cuando era un simple residente en una clínica de equipamiento precario, disfrutaba la anticipación del paciente y de sus deudos ante la proximidad de mi incuestionable veredicto. No niego que gasté más de una broma un tanto sádica. Combinaba mi práctica médica rigurosa con la exploración psicológica experimental, a fin de familiarizarme con un rango de posibilidades que iban desde la gratitud por salvarles la vida hasta el sufrimiento por la conciencia de su próxima extinción, según fuera el caso.

Con posterioridad decidí indagar en sutilezas más profundas. Aun si mi consistencia siempre ha sido sólida, existe un claro límite en cuanto a los pacientes susceptibles de ser atendidos en persona. En cambio, si uno se involucrara con las sustancias que finalmente determinarán si viven o mueren, podría afectar el destino de millones de existencias. Así que después de inagotables horas de lecturas e hipótesis arrojadas al bote de la basura, de pronto vi con claridad cuál habría de ser mi llamado. Reuní a un equipo compuesto por científicos y diseñadores industriales para darnos a la tarea: crearíamos un supositorio recargable, diseñado expresamente para ser utilizado por hombres en posición de mando.

El camino para llegar hasta ese punto había resultado en extremo tortuoso. Leí tantas biografías y discursos de los déspotas más implacables como me resultó posible. Me obsesionaba encontrar como punto de partida un elemento común a todos ellos. Pegué en la pared de mi estudio un diagrama visual compuesto por decenas de fotografías que los mostraban en sus momentos de mayor exaltación. Las contemplé durante horas con la mirada entornada hasta que un día se confirmó un patrón difuso que parecía mostrar la forma del vacío. ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había visto antes? El elemento común que los vinculaba —¿incluso

quizá los definía?— era una prodigiosa rigidez de ano reflejada en sus semblantes, que habría mandado al hospital en poco tiempo al más curtido de los mortales comunes y corrientes.

Al mismo tiempo, razoné convencido, ahí se había cifrado su derrumbe. La misma rigidez despiadada que los encumbrara había sido el factor decisivo de la pérdida de contacto con la realidad, que finalmente producía sus ignominiosas caídas. Si yo lograra hallar la forma de atemperarla, dosificándola de manera intermitente sin atentar contra su esencia, lograría crear al déspota más acabado que fuera capaz de producir nuestra especie.

Por razones evidentes, la fase de experimentación científica de mi proyecto no habría de resultar tan sencilla. De hecho, comencé por interrogar muertitos en la fosa común, buscando entre los pobres diablos que nadie reclamaba como suyos a aquellos que tuvieran expresión de haber conducido sus vidas según principios tiránicos. Después medía la rigidez con la que se disponían a apretar su orificio inerte por los siglos de los siglos, y la causalidad científica resultó inequívoca. En cambio, los que exhibían un rostro más bondadoso parecían estar hechos de un hule más maleable. La conciencia de encontrarme en la antesala de un descubrimiento que cambiaría el curso de la humanidad prácticamente me impedía conciliar el sueño.

Proporcionándole a mi equipo la menor información posible sobre las aplicaciones del descubrimiento, los puse a trabajar en busca de un dispositivo funcional. Si el principio básico detrás de los supositorios se fundamenta en la determinación con la que se propagan sus efectos, parecía una obviedad concluir cuál sería el mejor método para permitir a los poderosos relajar su ano a conveniencia, según lo exigieran las circunstancias políticas del momento.

En épocas de relativa calma, cuando la prosperidad exigiera una faceta pública amorosa, tan solo requerirían gobernar la mayor parte del tiempo con el dispositivo alojado en su cavidad, secretando

la sustancia que produciría un efecto placentero para todo el pueblo. En cambio, si los acontecimientos exigían mano dura, lo mejor sería restringir su uso a la noche, a fin de procurarse un descanso distendido, pues además es sabido que el sueño de un ano apretado es proclive a producir pesadillas escalofriantes. De esa manera, por la mañana despertarían rejuvenecidos, preparados para regir con la dosis de implacabilidad anal que el desafío les exigiera.

Uno de los científicos destrabó nuestro mayor inconveniente práctico con un principio extraído de la jardinería, utilizado por amantes de las plantas caseras que se ven confrontados con el dilema de cómo regarlas durante una ausencia prolongada. Para no perpetrar un homicidio involuntario por una sobredosis de relajación anal, era preciso crear un supositorio recambiable que liberara la sustancia alojada en su interior de manera gradual. Cuando estuvo listo, yo fui el primero en probar sus efectos, y fue solo mi inquebrantable compromiso con la verdad científica lo que alejó la tentación de no compartir mi creación con el mundo e instalarme en un placentero limbo egoísta por el resto de mis días. Entre palmadas de euforia y abrazos exultantes con mis subordinados, supe que había llegado el momento de pasar a la acción.

Fue gracias al aura sacerdotal inherente a la profesión médica que conseguí abordar con facilidad al primer conejillo de indias. Era un político de poca monta que competía por un cargo de concejal. Había comenzado como favorito en las encuestas, pero su campaña iba en picada. Su retrato propagandístico era un *close-up* que lo hacía parecer un iracundo muerto viviente. Los niños del barrio se envolvían la cara con sus carteles para espantar a viejecillas o bebés despistados. Lo encontré sentado en la pequeña plazuela, a un costado de la iglesia local, ahuyentando el sudor frío con un periódico recogido del suelo, tras un mitin cuyo número de asistentes coincidía con el número de tortas repartidas al comienzo. La concurrencia había ido menguando según la eficiencia relativa del sistema digestivo de sus partidarios.

## LA TURBA

**T**RAS EVADIR DURANTE SEMANAS la decisión por los medios más diversos a mi alcance, recibí un mensaje con tintes de ultimátum, que ya no me permitía mayor escapatoria: «¿Entonces qué, vato? No seas culo y nos vemos el jueves en Austin. Nomás me voy a casar esta vez en toda la vida, pinche cagalalos. Ahí te espero, puto. Greg».

Aquellos que me conocen bien —y Gregorio Campuzano, Greg para los amigos, me conoce desde que íbamos juntos a la primaria— saben que soy incapaz de resistirme a la nostalgia o al chantaje. Ante la combinación de nostalgia más chantaje, ya ni siquiera intento oponerme. A pesar de que Greg se mudó a Torreón desde la adolescencia, abandonando el futuro de chilango clasemediero que le deparaban las posibilidades de su madre, para en cambio prepararse como legítimo heredero del emporio de cortes finos congelados de su padre, nunca dejó de insistir con su cursilería áspera de ranchero en que yo era su mejor y más antiguo amigo.

En sentido estricto, quizá tenía razón, lo cual decía más acerca de los vínculos sumisos de los torreonenses —determinados por el estatus económico de los diversos miembros del clan—, que sobre la solidez de nuestro vínculo. En los más de diez años transcurridos desde su partida, difícilmente nos habríamos visto más de cinco veces. Todas fueron repeticiones casi idénticas: nos embutecíamos bebiendo Modelo enlatada en el comedor del depar-

tamento de su madre, situado en el piso doce de una austera torre multifamiliar en Copilco, rememorando a gritos nuestras aventuras adolescentes, al tiempo que luchábamos de manera velada por imponer el respectivo gusto musical como telón de fondo.

A mi parecer, Greg había alcanzado un curioso sincretismo, mezclando los complejos de nuestro estrato de resentidos capitalinos —siempre pululando alrededor de gente más rica, burlándonos a sus espaldas pero presurosos a acudir a sus ocasionales invitaciones— con la ostentación de su cofradía de *yuppies* nortños. Representaba una interesante muestra de las proporciones a las que puede llegar la combinación justa de arribismo, gusto por el lujo vulgar, y un progenitor imbuido de la ética protestante ranchera, fijado en su empeño por acumular más dinero del que cualquier persona razonable fuera capaz de gastar.

Cada nueva foto publicada en las redes sociales, mostrando a Greg y los suyos con estridentes camisas de seda, que anunciaban las fortunas que pagaron por ser vestidos por los diseñadores más exclusivos, nos proporcionaban interminables carcajadas a mí y a mis colegas del doctorado en Sociología en la UNAM, con quienes invariablemente las compartía. Aventurábamos hipótesis para desentrañar las razones detrás de su abundante sudor. Observábamos la inclinación específica de sus sombreros de *cowboy*, como si quisieran distanciarse del estigma de retrógrados, ajustándolos a un ángulo pensado para conferirles un aire sofisticado. Pobres pendejos. Además, siempre aparecían solamente hombres empapados, exhibiendo con orgullo los cadáveres de los pomos que se habían empinado (así les gustaba describirlo) a lo largo de la noche.

A decir verdad, además de mi absoluta incapacidad para oponerme a la nostalgia o al chantaje, Greg había sobrepuesto nuestra amistad a ese bochornoso lío de faldas en el que yo actuara de manera tan vil hacía ya algunos años. Y las fotos que presumían las camisetas y gorras confeccionadas expresamente para lo que

ya se denominaba GREG'S ULTIMATE BACHELOR PARTY eran clara muestra de la seriedad con la que encaraba su festejo. No se diga más: me dispuse a realizar los preparativos necesarios para enfrentarme a los Greys un jueves por la tarde en el Super 8 Motel, situado cerca del cruce entre la Interstate 35 y la 12th Street, al lado del Red River District, en Austin, Estado Constitucional de Texas, en la Unión Americana.

Desde que el taxi hizo su entrada en el estacionamiento fue manifiesto en dónde se hospedaba Greg, y por ende yo también. Nuestra habitación era el cuartel general de la despedida de soltero. Seguramente sin haber desempacado, los siete Greys se habían apresurado en adaptarlo como una sucursal más de sus bacanales torreónenses. Creo que el taxista de origen nigeriano esperaba una mayor propina, pues me dirigió una mirada de desprecio al marcharse. Antes de llamar a la puerta del que sería mi hogar por las siguientes tres noches respiré hondo, reflexionando sobre lo irónico de que los rancheritos se creyeran tan pudientes y aun así reservaran habitaciones en un puto Super 8 de mierda.

Cuando alguno abrió la puerta, el Greg mayor y un compinche desafinaban con profundo sentimiento al compás de una de esas baladas pop gringas que tanto éxito tienen entre gente como ellos. El resto discutía con exaltación sobre algún partido de basquetbol que la televisión mostraba en silencio. El suelo era un campo minado de latas de Michelob Light, bolsas semivacías de Doritos y otras frituras cuyo nombre yo desconocía. Las dos camas mostraban ya huellas de la pronunciada falta de higiene que tanto enorgullece a los *yuppies* nortños. Total, para eso está la gata que al día siguiente borra en silencio todo rastro de sus excesos. No bien dejé la maleta junto a la cama que parecía un poco menos repugnante cuando fui víctima de un abrazo cavernícola por parte de Greg, que me sacudía mientras gritaba con efusión:

—Este pinche vato es mi mejor amigo de la vida. Al puñetas que lo toque, le pongo en toda su madre.

Como por extensión, me convertí también en compadre de los demás Gregs, congregados para zangolotearme con palpable entusiasmo. Mientras terminaban de saludarme con su particular violencia ritual, tuve la impresión de que sus rostros se fusionaban en uno solo. A pocos centímetros de mí, emanaban un aliento a cerveza con jalapeños que encima me escupía en los párpados. Se agitaban en una risa escandalosa que acentuaba lo abotagado del rostro único, donde el brillo del cabello con gomina se confundía con el brillo de la piel marcada por cráteres permanentes. El arrepentimiento por estar ahí recorrió mi espina dorsal en un fugaz escalofrío. ¿Para esto había faltado a mi cineclub de los jueves? Ese día comenzaba el ciclo de Kurosawa. Estaba convencido de que incluso el más estoico de sus samuráis colapsaría horrorizado ante el espectáculo que me ofrecía el comienzo de GREG'S ULTIMATE BACHELOR PARTY.

Para recomponerme y anunciar mi llegada con un golpe de efecto —también para cerrar un tanto la brecha de la ventaja que me llevaban—, tomé el *beer bong* que yacía tirado en una esquina de la habitación, lo lavé con jabón, le pedí a alguien que me pasara un par de Michelobs, y me las bajé de un solo trago. Ese acto produjo un nuevo estallido de júbilo en los Gregs, que entre otra ronda de zangoloteos me hicieron saber que a pesar de todas las diferencias que nos separaban, yo era uno de los suyos. El Greg oficial me plantó un beso viscoso en el cachete, mientras balbuceaba algún refrendo de nuestro juramento de amistad.

Continué acortando distancias a base de cervezas y Doritos, aprovechando la confusión etílica para enchufar mi iPod y apoderarme del control de la música. Pasé las siguientes horas medio prestando atención a la interminable evocación greguiana de nuestras proezas juveniles mientras me refugiaba en una cuidadosa selección musical de rock clásico. Por fortuna, estaban tan inmersos en su papel que no amagaron con volver a su mezcla aleatoria de corridos y pop americano desechable.

## LITURGIAS DEL CUERPO

**A**BIGAÍL Y YO TENÍAMOS la costumbre de sembrar relatos cachondos en las inmediaciones del colegio de monjas en donde ella estudiara hasta la adolescencia. Como si fueran panfletos subversivos, los pegábamos en los muros del recinto, en los postes aledaños, o simplemente los regábamos por ahí a la espera de que las alumnas los alzaran mientras esperaban a ser recogidas por sus madres o choferes. Había algo intenso en el contraste entre sus faldas largas a cuadros grises, las calcetas blancas casi hasta las rodillas, el cabello engominado y recogido en un chongo que parecía asfixiar sus cráneos, y el esfuerzo que realizaban por controlar la contorsión en ciernes producida por leer nuestras cochinadas.

Para incrementar la ansiedad, jugábamos de diversas formas con sus mentes: en ocasiones acudíamos casi cada madrugada a colocar los dispositivos, de tal manera que las chicas los vieran desde temprano por la mañana, y algunas salieran corriendo a buscarlos nada más finalizar las clases. Luego dejábamos pasar largos periodos de silencio —para alivio de las monjas y de su poco fértil empeño de arrancar hasta con las uñas los libelos que pegábamos con engrudo—, y después contraatacábamos con relatos tan pornográficos que desataban una pequeña histeria colectiva en los contornos del colegio. Entre el griterío de madres y de monjas hiperventiladas, las chicas irrumpían en carcajadas de risa nerviosa, o se aferraban con el puño cerrado a la falda, como queriendo detener el temblor de sus rodillas. Las afortunadas que volvían a casa solas podían incluso buscar los papelitos que tirába-

mos por ahí, doblarlos con esmero y guardarlos en sus mochilas. Nosotros nos complacíamos en fantasear con el uso que les darían posteriormente.

No es que quiera evadir mi responsabilidad frente a lo sucedido, pero la idea inicial provino de Abigaíl. Desde que nos conocimos, rememoraba con resentimiento sus días como estudiante de aquella institución a la que culpaba de haber frustrado en ella algún difuso potencial nunca bien especificado. En algunas ocasiones había igualmente insinuado ser víctima de prácticas un tanto sádicas. Yo aprendí pronto que debía respetar su hermetismo en este tema y en varios más. De todos modos, sospecho que el detonante de la práctica de los relatos eróticos fue la tediosa rutina cotidiana. Después de un par de años de vivir juntos, habíamos encapsulado la dosis perfecta de goce con placer moderado. Tanto en la cama como fuera de ella, funcionábamos lo suficientemente bien como para sostener lo que Abigaíl llamaba nuestro proyecto de vida en común. A mí nunca me ha gustado discutir, y menos con ella. Además, no conozco a nadie con su capacidad para planchar un círculo hasta que no quede la más mínima aspereza.

La coartada para nuestra conducta se cifraba en su creencia de que estábamos liberando a esas tiernas mentes de las jaulas de santurronería en las que vivían encerradas. Cada vez que el remordimiento amenazaba con truncar nuestra guerra de baja intensidad contra la dictadura de las monjas, Abigaíl recitaba como en trance su vieja perorata: en esos colegios enseñan a las chicas que el demonio habita en el clítoris; son fábricas de ensamblaje para producir mujeres anorgásmicas y encabronadas con el mundo; las monjas son igual de pervertidas que los curas, solo que sus métodos de terror psicológico son más sutiles, y por eso no han salido a la luz tantos casos de abusos; y una larga lista de etcéteras para justificar nuestro propio pecadillo, sin lugar a dudas un tanto perverso también.

A mí, la verdad, me divertía horrores escribir los relatos. Además, me permitía alentar la farsa de que estaba en vías de con-

vertirme en un estupendo escritor. Abigaíl me recordaba con frecuencia el sacrificio de su vena creativa, pues uno de los dos debía ganarse el sustento, y su trabajo como mánager en una multinacional dedicada al comercio de energías renovables nos permitía vivir con relativa holgura.

Los problemas comenzaron cuando alguien decidió hacernos la competencia, colocando carteles encima de los nuestros en los muros del colegio. Al parecer, se trataba de una especie de chamana New Age que se autodenominaba la Nonplusultra. Ya nos parecía una afrenta que invadiera nuestro territorio, sofocando el erotismo anarquista con sus llamados a descubrir un éxtasis místico que, aseguraba, «ninguna mente prisionera de la carne» podría experimentar más que a través de una técnica de la cual ella era la última depositaria. Abigaíl argumentó que era yo quien debía hacerle frente, pues en ese momento se encontraba sumamente ocupada con un desarrollo crucial para la compañía. Me aboqué sin chistar al repaso mental de lo que le diría de manera fulminante a la Nonplusultra en la llamada telefónica que se me había encomendado realizar.

Ignoro si fueron mis nervios, pero el goteo del lavabo de nuestro baño adquirió esa noche un nivel de intensidad mayor al acostumbrado. Como castigo velado a mis continuos fracasos en repararlo, Abigaíl había decidido hacía tiempo que no gastaríamos ni un centavo en traer a un plomero, pues si yo permanecía en casa a lo largo del día, lo menos que podía hacer era conservarla funcionando de manera correcta. A esto se aunaba su convicción de que si yo habría de convertirme en escritor, era importante que desarrollara una fuerte dosis de tolerancia a la frustración.

Al día siguiente, tan pronto Abigaíl salió por la puerta, me armé de valor y marqué el número indicado en los carteles publicitarios de la Nonplusultra. Después de tres timbrazos, una voz corrugada desarmó el discurso que yo había repasado al infinito durante mi larga noche insomne:

—Buenos días Néstor, estaba esperando tu llamada.

—¿Quién habla? ¿Cómo sabe que me llamo Néstor?

—La respuesta a esa pregunta la conoces tú mejor que yo —espetó con voz pausada la Nonplusultra—. ¿Por qué no vienes al santuario y lo platicamos en persona? Quienes estamos en el camino al final siempre terminamos por encontrarnos.

Sin ser consciente de mis actos, anoté su dirección, me despedí con extremada cortesía, y me puse en marcha hacia el domicilio de la Nonplusultra.

Arribé al edificio marcado con el 415 de la calle Natalicio. Bajé del coche y timbré por primera vez en el departamento 201. Me estremecí ante el chirrido del mecanismo que abría la puerta y avancé decidido a ponerle fin a las tropelías de la Nonplusultra.

Me quedé nuevamente sorprendido al encontrar la puerta entreabierta, en una clara invitación a que pasara por mi cuenta. Una vez en la estancia, quedé avasallado por lo que a falta de un mejor término he denominado un museo de la vagina.

La Nonplusultra había convertido su casa en una multifacética oda a la vagina. Había cuadros de gran tamaño con representaciones realistas, vaginas cubistas, vaginas que escurrían como los famosos relojes de Dalí, simulaciones de murales revolucionarios donde una vagina hacía las veces de la hoz y el martillo. En el otro polo del espectro ideológico, un lascivo tío Sam apuntaba con el dedo a una vagina abierta mientras pronunciaba su habitual «I want you for the U.S. Army». También había esculturas y figurillas de diversos registros, al extremo de toparme con un pubis femenino conformado por tornillos, llaves, tuercas y otras piezas de metales desechados. La lista era inagotable: relojes, saleros, manteles, cojines, tazas, tapetes: la vagina era omnipresente en el santuario de la Nonplusultra. Cuando vacilaba sobre la pertinencia de sentarme en una silla confeccionada en forma de un par de piernas de mujer abiertas, mi anfitriona hizo su aparición, producida en el momento preciso para conferirle un decisivo efecto dramático.